

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

Las potencias emergentes y la nueva dimensión internacional de Asia
¿marcará el ascenso de Asia el declive de la era Euro-Americana?
Alex González.

LAS POTENCIAS EMERGENTES Y LA NUEVA DIMENSIÓN INTERNACIONAL DE ASIA ¿MARCARÁ EL ASCENSO DE ASIA EL DECLIVE DE LA ERA EURO-AMERICANA?

Alex González Coordinador del Programa Asia, Fundación CIDOB

Pocos fenómenos originados en Asia pueden igualarse, en capacidad transformadora del sistema internacional, al del crecimiento económico experimentado por algunos de los países del área durante la segunda mitad del siglo xx, que ha culminado con la emergencia de dos grandes potencias económicas como China y la India y que ha dotado al continente de una mayor dimensión internacional a principios del nuevo siglo.

Al vigoroso crecimiento que inició Japón durante los años cincuenta, repetido a considerable escala por países como Corea del Sur, Taiwán o Singapur, se ha añadido durante el período que nos ocupa la aparición de repúblicas independientes y ricas en recursos energéticos en Asia Central (el pivot geográfico de la historia según Mackinder¹), la trayectoria ascendente de otras economías asiáticas como la de Indonesia o Vietnam y, sobre todo, la emergencia de la India y China, con poblaciones que conjuntamente suman cerca de la mitad de los habitantes del planeta.

En un contexto marcado por la liquidación del orden bipolar, por la progresiva transición de economías planificadas a economías de mercado y por la creciente interdependencia de los actores internacionales, la evolución que han descrito estos últimos países los sitúa como nuevos centros de la atención estratégica mundial, a medida que el continente va aumentando su capacidad productiva, peso comercial, inversiones y reservas de divisas y, sobre todo, a medida que amplía su inserción en los mercados internacionales. En este contexto, especialmente India y China se han ido expandiendo militarmente (recuperando incluso elementos de la carrera armamentística al espacio lanzada por Ronald Reagan en 1983) y ganando capacidad de ejercer influencia política y de proyectarse globalmente, en buena medida por la necesidad de asegurar sus requerimientos de recursos naturales y energéticos.

Existe un vivo debate sobre el grado de reajuste que este dinamismo asiático impone al resto de países, especialmente a los de renta media en Asia y América Latina. En perjuicio de Europa, esta dinámica puede suponer el reforzamiento del eje Pacífico y un inevitable desplazamiento del centro de gravedad de los asuntos mundiales hacia Asia. De hecho, podríamos encontrarnos actualmente en un momento de progresiva pérdida de protagonismo del mundo euro-americano, que –construido sobre la base de la revolución industrial y de la Ilustración y habiendo obtenido su ventaja con el necesario concurso de la expansión colonial– podría estar augurando su decadencia como “escritor de la historia”, con respuestas reactivas o adaptativas al advenimiento de un mundo multipolar.

Desde una dimensión más amplia, la emergencia de China e India nos obliga a cuestionar el modelo de desarrollo que con tanto éxito se ha exportado desde Occidente, en un momento en que ya debemos hacer frente a los graves problemas ambientales que se derivan de ello, como el cambio climático o la contaminación, y que se agudizarán si durante la próxima década estos países siguen incrementando sus ingresos per cápita hasta protagonizar un auténtico *boom* del consumo.

¹ N. del ed.: Halford John Mackinder (1861-1947), geógrafo británico, contribuyó a difundir la disciplina de la geografía en el ámbito académico, con sus trabajos con el Imperio Británico y sobre política internacional, que pusieron énfasis en la centralidad de Eurasia. Considerado por algunos el padre de la geopolítica británica.

En cualquier caso, el alcance de este fenómeno y la propia transformación del sistema internacional, con nuevos juegos de alianzas sobre el mostrador, dependerá en buena medida de si estas potencias emergentes actúan cooperativa o competitivamente entre sí y con los principales actores de la escena internacional.

La reemergencia de Asia Oriental con China de nuevo en el centro

Nos encontramos en un momento histórico en que Asia Oriental en particular –con el centro de gravedad en China– está recuperando la preeminencia económica mundial que comenzó a perder a partir de mediados del siglo XVIII. Es entonces –según historiadores como Andre Gunder Frank, Karou Sugihara o Keneth Pomeranz– cuando se inicia la “gran divergencia” entre el sistema económico europeo, que se industrializó, y el de Asia Oriental que, habiendo sido la base de un mercado más importante, se mantuvo atado al uso intensivo de los recursos.

La *Pax Americana* está en el origen de la re-emergencia de Asia Oriental. Y es que, para contener la expansión del comunismo en Asia, Estados Unidos garantizó en Japón unas condiciones muy favorables de acceso a las materias primas y para vender sus productos a Occidente, dando un renovado impulso a la modernización que se había iniciado en los últimos años del siglo XIX, deudora de Occidente y encaminada entonces a conjugar riqueza con un ejército poderoso. Basado en la exportación de productos de progresivamente mayor valor añadido, el modelo japonés estuvo al frente de toda una serie de “milagros económicos” que protagonizaron Corea del Sur y otros países como Taiwán o Singapur a partir de los años sesenta, y China a partir de los años ochenta, con gran éxito.

Japón, con su comercio, fue el principal agente para la expansión económica regional antes de que, con la mejora previa a principios de los años setenta de las relaciones entre Estados Unidos y China, este último país comenzase a disputar en Japón la condición de máximo impulsor de la economía regional movilizándolo su diáspora capitalista y recuperando algunas características del poderoso sistema comercial de tributos que funcionó durante las dinastías Ming y Qing y que tenía a China en el núcleo de un sistema de comercio tributario en Asia Oriental, como deja entrever su nombre en chino, *Zhong Guo* o Reino del Centro.

Desde entonces, la estabilidad regional depende en gran medida de cómo interactúan los principales actores (Japón, China y Estados Unidos). Cada potencia da muestras de estar estudiando el papel que tiene en la región sobre la base de una creciente rivalidad entre China y Estados Unidos, obligados de todos modos a cooperar para no perjudicar sus economías interdependientes. Estados Unidos, con un papel históricamente importante en la seguridad de la región, ha visto menguada su credibilidad y su capacidad de influencia bajo el mandato unilateralista de George W. Bush, estancado en Irak, con la aparición de sentimientos populares de rechazo hacia aliados tradicionales como Japón y Corea del Sur, y de divergencias con otros aliados como Filipinas, Malasia o Indonesia.

De cómo gestione Estados Unidos sus relaciones con el Asia emergente dependerá en buena medida el mantenimiento de su hegemonía, que en su estrategia regional ha optado por reforzar las relaciones con países como Japón que pueden equilibrar la influencia de China, pese a los estrechos vínculos económicos existentes y que hacen de China su primer socio comercial. Japón, país expuesto al envejecimiento de la población y que ha visto confirmada la imposibilidad de hacer suya la centralidad regional de China a raíz de su “década perdida” en el estancamiento económico de los años noventa, ha ido reinterpretando el principio pacifista consagrado a su Constitución y ha convenido reforzar su alianza estratégica con Estados

Unidos, dando un nuevo giro a la cooperación militar y estableciendo objetivos estratégicos comunes.

Por su parte, China, en su autoproclamado “ascenso pacífico”, y los países vecinos dan actualmente algunas muestras de estar recuperando el sistema comercial de tributos, en el cual tradicionalmente el centro otorgaba más beneficios de los que recibía para configurar un entorno estable y seguro.

La posible centralidad de China colisiona, sin embargo, con obstáculos internos. Indudablemente, de manera gradual y manteniéndose firmes sus instituciones pese a las críticas recibidas por la falta de una transición política hacia la democracia, el país ha hecho con gran éxito su transición de la economía planificada a la economía de mercado, a diferencia de los países de la Europa del Este y de la antigua URSS, que han sufrido graves caídas de producción, con las importantes consecuencias que ello ha provocado en la calidad de vida de sus habitantes.

El proceso de apertura del país, que marcaba un hito con la adhesión a la OMC en 2001, ha propiciado que China hoy, con un crecimiento económico medio próximo al 10% anual desde el inicio de las reformas en 1978, se haya convertido en la cuarta mayor economía y en la tercera potencia exportadora mundial. Sin embargo, China es aún un país en vías de desarrollo, con grandes incertidumbres por delante como la de la evolución de su sistema político y que, además, debe afrontar múltiples fracturas sociales y ambientales derivadas de su industrialización y de la asunción de mecanismos propios del neoliberalismo económico.

Además de retos como el del envejecimiento de la población, fruto de la política del hijo único, con el problema de género añadido, o como los que suponen las epidemias, la corrupción, la fragilidad del sistema financiero o la contaminación, China se enfrenta al riesgo de ser uno de los países con mayor desigualdad de renta en el siglo XXI si no tiene éxito la cuarta generación de dirigentes encabezada por Hu Jintao en su propósito de construir una “sociedad armoniosa” moderando el énfasis en el crecimiento y dedicando más recursos al campo y a los servicios sociales, con mayores gastos en sanidad y educación que podrían contribuir a desarrollar en mayor medida el mercado interior chino y a depender menos del comercio exterior.

Al intentar reducir el consumo de recursos, se impulsa actualmente un modelo de crecimiento en el cual se pretende que los avances tecnológicos permitan hacer del país no sólo un centro de producción (“el taller del mundo”), sino también un centro de innovación que tiene ya como objetivo prioritario crear estándares tecnológicos propios que contribuirán a moderar la dependencia tecnológica y que podrían marcar tendencias de alcance regional o incluso mundial. Y es que hasta ahora el crecimiento de China se ha basado, en buena parte, en la industria pesada y química, perjudicial para el medio ambiente, intensiva en capital y en consumo de recursos naturales que –absorbidos también por la urbanización intensiva– se han multiplicado de precio poniendo en peligro la estabilidad de su crecimiento.

De esta manera, con dependencia externa de recursos naturales y energéticos y con una población que supera los 1.300 millones de habitantes, China ha tenido que recorrer a los mercados internacionales y utilizar su *soft power*² para construir un sistema propio de alianzas

² N. del ed.: Concepto acuñado por el profesor Joseph Nye en los años noventa. Según sus propias palabras: “el *soft power* es la capacidad para obtener lo que queremos seduciendo y persuadiendo a los otros para que adopten nuestros objetivos. Se diferencia del *hard power* en la capacidad para utilizar los incentivos y las amenazas de la

en Asia-Pacífico que le asegure el acceso a los recursos y que evite que se quede aislada por Estados Unidos y sus aliados, un hecho que –temen los líderes chinos– podría poner en peligro la continuidad del crecimiento económico. Es el caso de la política de la “sarta de perlas”, con un incremento de la presencia china en “el arco de inestabilidad” que, desde Oriente Medio hasta las costas de China, conecta con los proveedores de recursos energéticos.

Esta es una dinámica que, en todo caso, desafía la capacidad de influencia de Estados Unidos en la región, como ejemplifica su exclusión de la Cumbre de Asia Oriental que se celebró en Kuala Lumpur en 2005, en la cual los países de la ASEAN+3³, con India, Australia y Nueva Zelanda, y Rusia como observador, se comenzaron a plantear la ambiciosa propuesta de crear la mayor área de libre comercio del mundo, y que superaría en dimensión a la que China y la ASEAN se comprometieron a establecer para el año 2010.

El regionalismo es, a partir de la segunda mitad de los años noventa, y acentuado como reacción a la crisis financiera de 1997, una de las actuales tendencias clave que puede estar en la base de un nuevo orden regional; tendencia eminentemente económica que ha ido acompañada, no obstante, del debate sobre los “valores asiáticos”, que prefiguran una posible ideología cohesionadora en la dimensión más política. Sin embargo, habrá que avanzar en los procesos de reconciliación, y es que en el noreste de Asia la integración regional se ve desafiada por las heridas abiertas de la historia y por los nacionalismos que se activan no sólo entre China y Japón, sino también en la península coreana, pese al acercamiento que ha supuesto la *Sunshine Policy*⁴. También continúan existiendo tensiones entre la península coreana y Japón, una relación que mejoró a raíz de la organización conjunta del mundial de fútbol de 2002 entre Seúl y Tokio pero que continúa marcada por la ocupación japonesa de comienzo de siglo y por la pervivencia de la Guerra Fría con Corea del Norte, con la incógnita nuclear que la agrava, desde que Pyongyang abandonó el programa de no proliferación en 2003.

Finalmente, en el regionalismo asiático intervienen también los vectores que otras potencias intenten introducir, como por ejemplo la Unión Europea, en la promoción de un regionalismo abierto e inclusivo que evite la pérdida de acceso a mercados tan importantes, ya que las oportunidades de proyectar el propio poder sólo están presentes si se mantiene la estabilidad y no se institucionalizan bloques regionales cerrados, competidores con la propia UE. Estados Unidos, en cambio, puede tener, respecto al regionalismo asiático, la preocupación añadida de que este conduzca a la configuración de una “gran China” en la que Beijing llegue a hacer del yuan divisa de comercio internacional alternativa al dólar, como de hecho ya podrían estar dispuestos a aceptar los países de la OPEP, que de esta forma vería incrementada su centralidad regional y la posibilidad futura de cuestionar la hegemonía norteamericana en el sistema internacional.

¿Y la India?

política económica y militar para que los otros se sometan a nuestra voluntad”. *International Herald Tribune*, 10 de enero de 2003.

³ N. del ed.: ASEAN+3, proceso iniciado en 1997, es uno de los marcos más importantes del nuevo regionalismo asiático; el fórum donde se articula la cooperación entre la ASEAN (Asociación de Países del Sureste Asiático) y tres países del noreste asiático: Japón, China y Corea del Sur.

⁴ N. del ed.: Política de acercamiento y cooperación de Corea del Sur hacia Corea del Norte encaminada a alcanzar la reconciliación en la península coreana y la posterior reunificación. Esta nueva doctrina se inició en 1998 por el entonces presidente surcoreano Kim Dae Jung, a quien en el año 2000 se le concedió el Premio Nobel de la Paz en reconocimiento a esta iniciativa.

La mayor parte de los indicadores económicos sitúan a China por delante de la India, en parte porque este país inició más tarde su proceso de apertura económica: a comienzos de los años noventa y de la mano del actual primer ministro, Manmohan Singh. Sin embargo, se espera que la India sea capaz de hacer frente a retos como el de la persistente pobreza, las tensiones comunales –con un incremento del fanatismo religioso–, o el de las epidemias, y que mantenga las altas tasas de crecimiento de los últimos años hasta consolidarse como polo económico regional y actor de primer orden en la economía mundial, como ya parece indicar su protagonismo creciente en el Foro Económico de Davos.

A pesar de que la industria no se ha desarrollado tanto en la India, en parte por la falta de infraestructuras y en parte por las dificultades que genera su burocracia, en comparación a China, encontramos a su favor algunos elementos como el demográfico, con una población en edad de trabajar que continuará creciendo; el tecnológico, con posiciones pioneras en sectores como el de la biotecnología o el de las tecnologías de la información; o el del sistema político, que hace de la mayor democracia del mundo un país aparentemente menos vulnerable a la inestabilidad política.

En cualquier caso, el dinamismo económico de la India ha ido acompañado de una nueva inserción al concierto internacional; con un papel más activo y extravertido, tal y como demuestra su candidatura para obtener un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, una de las más sólidas. Pese a que había adoptado la posición de no alinearse durante la Guerra Fría, la India mantenía estrechos vínculos con la URSS, de tal manera que –con su desmembramiento– se vio obligada a emprender las reformas que una década antes había iniciado China, apostar más por el regionalismo y diversificar sus relaciones exteriores.

Una de las dimensiones más nuevas de la política exterior de la India es la de las relaciones con Estados Unidos, tradicionalmente fría, pero que el Gobierno de la derecha nacionalista del BJP comenzó a encarar con mayor pragmatismo y que Estados Unidos, por otro lado, impulsó a raíz del 11-S y, en parte, para contener a China en el Índico. Las sombras que ponen en cuestión el futuro de este eje, como las relaciones estratégicas de Estados Unidos con Pakistán o las dificultades que este vínculo impone a las relaciones de la India con Irán, importantes en clave energética, no impiden avances tan importantes como el del fin del embargo que se decretó a causa de las pruebas nucleares de 1998. El acuerdo histórico firmado en 2006 da acceso a la India a tecnología y combustible nuclear de uso civil norteamericanos, pese a que, viéndolo como una aceptación tácita de la condición de la India como potencia nuclear, este es un paso atrás en los esfuerzos de no proliferación en Asia, introduciendo además un criterio diferente respecto a Irán o Corea del Norte.

También es nueva la mejora de las relaciones con China, que en cierta forma responde así al acercamiento norteamericano al Índico. Después de décadas de una India “pinzada” por China y Pakistán, y de la guerra que las enfrentó en 1962, China e India progresan en el paulatino restablecimiento de las relaciones desde 1998 (cuando el ministro de Defensa de la India calificó a China de “amenaza número uno” para justificar los ensayos nucleares) sobre la base de potenciar el comercio bilateral, de solucionar problemas territoriales y políticos pendientes y de evitar los conflictos por el aprovisionamiento energético, conscientes sus líderes de que con la cooperación pueden ganar mucho. Y es que, con la complementariedad de sus economías, China, manufacturera y constructora de infraestructuras (el *hardware*), e India, especializada en servicios atados a las tecnologías de la información (el *software*), a pesar de que con posiciones cada vez más destacadas en el sector textil y farmacéutico, pueden tener conjuntamente un

papel de gran importancia en el escenario internacional; un elemento que hay que tener en cuenta y que últimamente se ha denominado "Chíndia".

Epílogo: las potencias emergentes y el papel de la UE

En un informe de 2003 del banco de inversiones Goldman Sachs se afirma que en menos de 40 años las economías de las principales potencias emergentes, las denominadas BRIC (Brasil, Rusia, India y China) podrían sobrepasar el volumen del G6 (Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, Japón y Estados Unidos), con China e India como primera y segunda economías mundiales respectivamente, según las últimas actualizaciones del informe.

Con este posible escenario por delante, la UE ha elevado a la categoría de estratégicas sus relaciones con China (desde 2003) e India (desde 2004) con el reto añadido de que, en un momento de *impasse* en la construcción política europea, las relaciones bilaterales de los Estados Miembros con las potencias emergentes puedan dañar la solidez del conjunto como actor internacional de una sola voz y la credibilidad del proyecto europeo como modelo de gobernanza global o regional para las potencias emergentes.

Además del hecho de que comercialmente Europa tenga que hacerse valer en aquellos sectores en los cuales tiene posiciones avanzadas, como por ejemplo el de la tecnología y la ciencia, la emergencia de nuevas grandes potencias económicas ofrece elementos de reflexión sobre posibles respuestas a los retos que plantea la globalización y también ejemplos de cómo la UE y sus Estados Miembros pueden tomar parte en la modulación del sistema internacional. El espacio que queda nos permite dar alguna muestra de ello.

Un ámbito en el que Europa está ejerciendo su *soft power* con un éxito considerable es el de Asia Oriental. Ante el multipolarismo que puede implicar la emergencia de China, la UE no sólo ha promovido la cooperación regional de la ASEAN+3 para integrar diferentes voces en un único interlocutor, sino que, además, ha fomentado la construcción de marcos de diálogo multilaterales e interregionales como el ASEM (*Asia Europe Meeting*), que ofrecen la oportunidad de definir conjuntamente las normas y principios que tienen que regir la integración de una gran potencia emergente como China en el nuevo orden internacional. A pesar de que Europa tiene que tener en cuenta la dimensión transatlántica en sus relaciones con Asia Oriental, como se demostró en la marcha atrás en el levantamiento del embargo a la venta de armas a China, existe la oportunidad de ejercer una política propia a favor de un conjunto eurasiático más integrado; una política más compleja y multidimensional que la de Estados Unidos, que tiene una aproximación más "dura" y que gira en torno a un dilema compromiso-contención con China, sin tener en cuenta los condicionantes regionales ni suficiente confianza respecto al *soft power* que China desarrolla en la región.

Ciertamente, desde Europa se pueden ofrecer experiencias que pueden ser inspiradoras para los países asiáticos como, por ejemplo, el del Estado de Bienestar en la conjugación de la economía de mercado con el principio de la redistribución de la riqueza, la reconciliación franco-alemana como ejemplo de superación de las heridas del pasado, la reunificación de Alemania para el caso de la península de Corea o experiencias de transición política como la española para los regímenes que tienen pendiente una democratización del sistema político.

El gran dinamismo asiático, por su parte, ofrece a los europeos algunas claves para mantener un papel importante en la economía global. Y es que casos como el de Singapur nos muestran la importancia de poder consensuar proyectos de futuro y de emprender las acciones necesarias

para alcanzarlos, ya que, al contrario, será muy difícil para las democracias occidentales competir con países que –ya sea por las características de sus sistemas políticos o por la importancia de determinados valores socioculturales– son capaces de invertir estratégicamente en ámbitos que no ofrecen réditos electorales inmediatos, como por ejemplo los de la educación o la I+D. Este es uno de los retos que el ascenso de Asia plantea a Europa.

Referencias bibliográficas

DD.AA. *El milagro chino visto desde el interior. Puntos de vista de autores chinos*. Madrid: Editorial popular, 2006.

FRANKEL, Francine R. (ed.). *Transforming India: Social and Political Dynamics of Democracy*. Nova Delhi: Oxford University Press, 2000.

GOLDEN, Seán y SPOOR, Max (eds.). *Desarrollo y transición en Asia*. Barcelona: Edicions CIDOB, 2005.

GUNDER Frank, Andre. *ReOrient. Global Economy in the Asian Age*. California: University of California Press, 1998.

WILSON, Dominic y PURUSHOTHAMAN, Roopa. *Dreaming With BRICs: The Path to 2050*. Global Economics paper 99. Goldman Sachs, 2003.
www2.goldmansachs.com/insight/research/reports/99.pdf